

Benjamín Subercaseaux

## De las dificultades del escritor en general y del escritor chileno en particular <sup>(1)</sup>



CUANDO pensamos en el escritor, considerándolo en su calidad de artista, nos topamos luego con una complicación, con una dificultad, que no habríamos tomado en cuenta si hubiéramos estudiado a los artistas en general. Es esta: el escritor, contrariamente a sus demás colegas en el arte, trabaja sobre una materia *suigeneris*: el lenguaje, la palabra. Podríamos agregar, sobre un lenguaje comunicable y una palabra intelectualizada por el uso. El músico, el pintor y el escultor actúan también racionalmente al moldear la materia sonora o plástica que traduce sus sensaciones o ideas, pero al hacerlo, dividen su creación en dos fases: una interior, discursiva, donde se incuba la obra de arte, y otra fase exterior, plástica, donde el objeto, la materia, hablan también, pero esta vez en calidad de signo, de emoción, de idea latente. En el escritor en cambio, el artista ve surgir en él, lo quiera o no; al pensador, al hombre que no sólo produce belleza sino palabras, ideas precisas, conceptos. Es una dificultad grande. Además este lenguaje, este instrumento de arte, no es una materia propia de su oficio, destinada a su uso particular; es el patrimonio

---

(1) Trabajo presentado al primer Congreso de Escritores de Chile.

común de todos los hombres, de tal manera que el término mismo de «escritor» designa al literato sólo por un acuerdo tácito en la expresión; en realidad corresponde a todo hombre que escribe, desde el científico que fija sus observaciones en el papel, hasta el banquero que presenta su memoria y la cocinera que anota la libreta del almacén.

Por esto, escribir, trasladar el pesamiento al papel, es ya una vieja tentación de la humanidad, que en nuestros días amenaza introducirse en el terreno propio de la literatura como una peligrosa pleamar que pretende cubrirlo todo.

Mucho podría decirse de esta marea literaria, y también de la crítica, verdadera defensa que debería fijar los límites de este aniego. Sólo que la crítica suele ser o un muro agrietado que no resiste al embate de las olas o una inmensa bomba aspirante que pretende dejar en seco hasta el lecho mismo del mar.

Como sea, el escritor es un artista que no dispone de otro medio de expresión que la materia mental que le sirvió para expresar. Como si un escultor se viera obligado a extraer—sabe Dios por qué técnica oculta—el propio ectoplasma de sus ideas y con él modelar la obra material y exterior que ese mismo ectoplasma le hubiera sugerido.

De esta doble condición del escritor: pensador y artista, se desprende un sinnúmero de consideraciones sobre los más graves problemas que agitan a la literatura de nuestros días. La vieja querrela entre *el fondo y la forma*; las nuevas tendencias poéticas que confieren a la palabra un valor objetivo independiente de su herencia discursiva, no son sino los primeros frutos de contradicción en esta extraña posición del escritor artista, del obrero intelectual desprovisto de materia plástica. Y que no vengan a decirnos, desvirtuando el problema, de que la materia plástica del escritor son el papel y la pluma. Nada tienen que ver con la arcilla del escultor. Nuestra

arcilla es la palabra, y esta—yo no sé si congratularme o sentirlo—es pensamiento, lo queramos o no.

De esta condición del escritor que nos ha sugerido algunas reflexiones generales, se desprenden otras consecuencias. El escritor, hombre que escribe, realiza el mismo acto, dijimos, que todos los demás hombres. Siendo, no obstante, diferente por esencia de los demás hombres. Esta particularidad le crea, desde sus comienzos un medio hostil. Primero en la familia, que tarda en descubrir al artista; más difícilmente todavía, reconoce al pensador y al profeta. Si no fuera irreverencia, me atrevería a decir que el escritor es un dios encarnado que los hombres tardan en reconocer porque lo ven sujeto a sus mismas miserias: porque come, porque bebe, porque en todo actúa como los demás; sólo que su fineza no alcanza a percibir en esas miserias comunes los factores que realzan en el escritor su carácter de humano, pero que nada tienen que ver con su misión divina.

Yo no conozco otro país de la tierra en que estas dificultades y obstáculos hayan llegado a una exacerbación mayor que en Chile. Estas cosas no deberían decirse en público, porque no hablan mucho en nuestro favor, pero ya es tiempo de probar que un Congreso puede también ser algo útil y provechoso, y que para esto no precisamos de discursos sino de estudios sinceros en que los problemas sean presentados al desnudo si fuere necesario. Podemos decir, pues, que, prácticamente, el escritor es combatido entre nosotros por la familia, la sociedad, el Estado y... los demás escritores, naturalmente. Su condición de «venido de más allá», su claridad mental (otro tipo de claridad, diferente a la común y local del medio ambiente), su *claridad espiritual*, lo relega al rincón del desprecio, de la piedad o de la burla. Despreciable según ellos, por vano; lastimoso, por loco; o risible, por ridículo, tales son las actitudes de auto-defensa que los hombres le oponen en el triple sector del Estado, la familia y la sociedad. El Estado

lo desprecia y lo ignora; la familia lo compadece; la sociedad lo escarnece.

Esto explica por qué es tan frecuente entre nosotros ver jóvenes que se ponen a trabajar en el campo literario con más o menos éxito y que luego, sin que sepamos por qué se esfuman y no se vuelve a hablar de ellos. Son incontables los escritores en ciernes que desaparecen después de los 25 años. Se comprende que ante una acogida semejante detengan su carrera si no van animados de un intenso fuego sagrado o de una resistencia a toda prueba.

Un amigo mío que en la juventud tuvo sus veleidades literarias fué interrogado por mí a este propósito. «¿Ya no escribes?, le pregunté. ¿Sabes? No lo hacías mal». A lo que me respondió: «Hay un tiempo para cada cosa; fueron locuras de la juventud. Ahora es distinto, yo soy hombre de trabajo y me ocupo de las cosas serias de la vida. La literatura está buena para los ociosos».

Aquí tenemos un pobre hombre a quien el ambiente logró convencer tan bien que, no contento con dejar de escribir, se alistó en las filas de los que atacan al que escribe. El caso estaría desprovisto de interés si fuera un hecho aislado; desgraciadamente estos ejemplos constituyen legión. Y no vaya a creerse que esto sea un bien, porque contribuya a filtrar la calidad de lo que surge. No son precisamente las cualidades literarias las que ayudan al hombre a cruzar la corriente de la malignidad sin ser arrastrado por ella. Es la astucia, la entereza moral, casi me atrevería decir simplemente, la buena salud. No pensemos que el filtro social es tan fino como para dejar pasar sólo lo bueno. No habría para qué criticarlo, entonces. Pero no es así; pasa mucha escoria sin valor y se pierden en el desaliento cientos de inteligencias aprovechables y útiles que merecerían mejor suerte.

Estas ideas directrices me han llevado a pensar que podría ser útil, tal vez, hacer un estudio más detenido de las di-

ficultades que el escritor encuentra en su medio ambiente. Sería de gran interés, también, estudiar aquellos otros obstáculos que encuentra en su propio desarrollo y que son inherentes a su evolución, pero esto nos llevaría a una psicología del escritor al margen del tema que nos hemos fijado, y ¿por qué no decirlo? más allá de mi corta experiencia en la carrera literaria. Así, pues, damos por realizado al escritor después de su ardua lucha interna y nos ocuparemos aquí de la segunda lucha, la social; el escritor comunicándose a los demás y tratando de asumir la función social correspondiente. La familia, la sociedad y el Estado serán la tríade que nos servirá de guía para sentar estas consideraciones sobre las dificultades del escritor; verdadera Vía Crucis que nos permitirá recorrer las estaciones del desaliento en esta ingrata profesión mesiánica.

### El escritor y la familia

Se ha visto escritores serenos y conformistas, como ha habido también músicos sin historia que vivieron apaciblemente en el medio familiar. Montaigne trabajaba en la calma del campo, rodeado de los suyos. Mendelson llevaba junto a su hermana, la vida social culta y armoniosa de su época. Son la excepción. El hombre del espíritu, el «introvertido» como diría un psico-analista, es producto, las más de las veces, de un problema, de una lucha que lo obliga a fugarse al interior de su personalidad para buscar allí un anidamiento en lo profundo de su ser que lo proteja y lo sostenga en esa lucha desigual con el medio ambiente. Porque todo problema íntimo, antes de ser fuerza y creación, es una forma de debilidad que haría sucumbir al hombre del espíritu ante la estabilidad prosaica del hombre de la materia. El lo sabe y procura en un comienzo no luchar con las mismas armas; para esto se recoge en una retirada aparente, y allí dentro, traba una sólida amistad consi-

go mismo que le permite luego salir radiante y vigoroso, protegido por la fuerte coraza de su personalidad.

Las corazas cubren de los golpes e imponen el triunfo de una fuerza, esto es verdad, pero jamás se ha dicho que una coraza haya servido para hacerse amar. Dentro de ella podrá latir un corazón tierno y generoso, pero los hombres no aman lo que no pueden herir o proteger.

El medio familiar es el primero en advertirlo.

Los padres, en primer término, comienzan por fijarse una actitud: la reserva. Ni alabanzas ni críticas. Evitan de formular juicios en un problema extraño que los sobrepasa, o claman angustiados desde la ribera, como esas gallinas desoladas a quienes se les ha hecho incubar huevos de pato; no comprenden que sus polluelos se precipitan al agua, sordos a los prudentes gluglu de la madre y tan seguros de la voz interior de su propio instinto.

La actitud de los hermanos es sencilla: se encogen de hombros y de espíritu. Las hermanas suelen interesarse algo más en esa personalidad sensible y comprensiva que caracteriza a veces al intelectual; lo buscan, pero no tardan en apartarse al ver que sus futuros maridos, tan diferentes, podrían hacerlas desesperar en ese eterno problema del alma femenina: la mujer y la hembra. Como mujeres buscan un alma hermana. Como hembras no les resulta esa alma hermana en el papel triunfante del marido. El hermano escritor es algo así como el problema vivo y animado paseándose cruelmente en su presencia. Casi terminan por aborrecerlo.

Y viene la esposa. En realidad el mismo problema de la hermana puesto al revés. Ella luego advierte—ellas, las pitonisas de la intuición—que el marido escritor es un marido físico en el mejor de los casos; un hombre sensible que no es posible abarcar en todos los aspectos de su sensibilidad. Ella la imperialista, la avasalladora, se ve limitada a ciertas regiones de su

alma y rodeada de puertas que no sabría forzar. No tarda en presentarse la crisis. El o ella deberán ceder.

Refiriéndome a ese personaje genérico, el Sancho de «Zoé», escribía en ese libro (pág. 207): «Sancho progresa. Esto me alegra y me causa inquietud. ¿Cuando él tenga un nuevo espíritu, cómo haré para proporcionarle una nueva esposa? Los progresos radicales de los hombres son posibles en cada generación o dentro de una misma generación si el hombre engendra para el espíritu; no así cuando se casa y echa el ancla en el pasado irremediable, sosteniéndola con la larga cadena de su prole».

El escritor es un crisol en un continuo devenir, donde las materias en él contenidas se funden y transmutan. Este proceso no se aviene con la función necesariamente estática de la esposa. Ella no comprende—y en el fondo desprecia un poco—a ese marido caleidoscópico que vive como un sonámbulo, ajeno a las realidades prácticas y cotidianas de la vida.

Por fin, como un lazo común que une a padres, hermanos y esposa, está el conocimiento diario e íntimo con ese hombre que se pretende diferente y que ellos han visto actuar en forma perezosa, cuando no desgraciada. Desconfían de su evolución lenta y contradictoria, de tal manera que sus avances se les antojan retrocesos; sus angustias, castigos mercedos; sus triunfos, ilusiones y sus luchas continuas, consecuencias lógicas de una vanidad o una pereza que lo ha llevado a vivir en un mundo de ensueños y quimeras.

Hay ejemplos antiguos que nos muestran, desde tiempos inmemoriales, la casi imposibilidad para que una familia o un grupo social cualquiera aprecie al hombre que ha visto formarse día a día. Dice la Escritura que Jesús se admiraba de la incredulidad de sus lugareños; de El es la frase: «Ningún profeta es honrado en su propia tierra». ¿No vemos en el mismo relato evangélico que su familia, encabezada por su misma madre, vinieron a Capharnaum para llevárselo de una reunión pública, «porque—dice el Santo Libro—lo creían fuera de juicio»?

Para dar término a esta primera parte de las dificultades que el escritor encuentra en su medio íntimo, no estaría de más insistir en que la célula familiar es una sociedad en miniatura, con un programa establecido y un fin determinado. Todos, por un acuerdo tácito e instintivo, trabajan en labrarse una posición social, económica u honorífica que ha de dar lustre y crédito a ese grupo familiar.

Como veremos más adelante, el escritor es un hombre—o debería serlo—al margen de toda clase social; es el sacerdote del espíritu, ajeno a compromisos impropios de su misión. El dinero y los honores, que no tiene por qué despreciar, no pueden constituir para él *un fin*, en el mismo sentido que lo entienden los demás miembros de la familia. De allí una primera impresión de desaliento que los invade por esta falta de colaboración del escritor. Digo colaboración, cuando no desprestigio por sus ideas en pugna con el ambiente social, religioso o moral del grupo a que pertenecen él y los suyos.

### El escritor y la sociedad

Es conveniente, antes de tratar una cuestión, saber de qué se habla y cual es el concepto que responde en nuestro interior a la palabra que empleamos. Decimos: el escritor y la sociedad. Pero, ¿qué es la sociedad?

Consultando el diccionario filosófico, de Lalande nos encontramos con varias acepciones de este término. Una que lo define como «*un conjunto de individuos entre los cuales existen relaciones organizadas y servicios recíprocos*». Es a esto que se alude cuando se habla de sociedades animales: la sociedad de las hormigas, por ejemplo, o cuando decimos que la abeja es un animal social.

En un sentido más estricto, llámase sociedad «*a un conjunto de individuos, cuyas relaciones se apoyan en instituciones garantizadas por sanciones codificadas o difusas, que hacen sentir*

su peso sobre el individuo, advirtiéndolo de la sujeción que sufre de parte de la colectividad».

Hay también las sociedades contractuales: Sociedad Comercial, Científica, etc. Por fin, la «sociedad» como grupo abstracto al que nos allegamos por intereses comunes: buscar la sociedad de los intelectuales, de los hombres honorables, etc.; en una palabra: la socialidad, para emplear la expresión de Tarde.

¿A cual de estas «sociedades» nos referimos al hablar del Escritor y la Sociedad? En general, a la segunda definición. Sin embargo, no puedo evitar un cierto pudor al decir que aquí no me refiero a ninguna de las cuatro sino a una quinta, un término extraño muy nuestro, que no figura en el Vocabulario Filosófico de M. Lalande. Este término también se expresa por la palabra sociedad, pero significa algo que casi no existe, que no tiene una realidad filosófica ni abstracta, algo que nosotros inventamos en la pequeñez de nuestras ambiciones: me refiero a la sociedad en el sentido de vida social, de reunión de personas que se han atribuido a sí mismas el valor de una alcurnia, de una élite, de un nacimiento hipotético más puro y perfectamente definido por ellos con el título de «gente bien».

Es cierto que las viejas aristocracias europeas conservan todavía un lazo común de deberes y tradiciones en el sacrificio y altura de miras que las distinguen como grupo de elección, como «aristós», lo mejor, según reza el vocablo griego. No es el caso de estas sociedades nacidas en las ciudades-campamentos de nuestra América, donde los vaivenes de la fortuna y la ausencia de una conciencia racial elevada han permitido toda suerte de mestizajes, capitulaciones y renunciaciones que las han despojado de todo valor étnico o moral que permita distinguir las como grupo social realmente diferenciado.

La mejor prueba de lo dicho la encontraremos en el carácter local de nuestras sociedades. La aristocracia europea constituye una sola sociedad de nobles que abarca, como las casas

reinantes, la Europa entera. Entre nosotros, apenas nos conocemos—no diré con las sociedades europeas—sino con los grupos regionales de la América latina.

Esta distinción no existe, pues, como hecho social; subsiste, no obstante en el terreno psicológico en carácter de aspiración, casi de defensa contra el complejo de inferioridad que entre nosotros es endémico. Nadie confiesa una condición social inferior. Siempre nosotros pertenecemos a la «Sociedad», a la «gente bien»; nuestros vecinos, sí que están desprovistos de ese árbol genealógico del cual descendemos gozosos, como un mono de su cocotero.

Hay no sé qué de humillante en el escritor, cuando se empecina en colocarse dentro de una esfera social determinada, alta o baja. Y digo «baja», porque la vanagloria del *self made man* crea un énfasis especial sobre esta nota. Sea por orgullo o cierto resquemor interno, se felicitan algunos de no pertenecer a esa famosa «sociedad» que en el fondo—esto es lo peor—envidian. Otros desde su hipotética altura nobiliaria—nobleza de América...—escriben para su grupo, ajenos a la verdadera aristocracia espiritual que no está arriba ni abajo, sino en todas partes.

Ya es tiempo de que los escritores, conscientes de la dignidad de nuestra misión, no busquemos apoyos extraños ni amarguras fuera de lugar. El intelectual pertenece a una nobleza óptima ante la cual debe inclinarse la aristocracia, y ellos, los intelectuales, inclinarse a su vez ante los humildes para alzarlos hasta su corazón. Pensar en otra forma es renunciar a la nobleza del pensamiento y confesar que nuestra misión es falsa, desprovista de toda credencial del espíritu y de toda belleza mesiánica,

No habría pisado estas arenas movedizas si nuestro tema no estuviera estrechamente unido a estas consideraciones. En primer lugar, esta «sociedad» consciente en cierta forma de su condición caótica, ha despreciado los aportes nacionales a la

cultura y ha buscado un apoyo en la literatura extranjera. Es difícil reprochárselo, porque nadie puede negar la necesidad de una cultura venida de un continente que ha sido la cuna de la civilización occidental. Por otra parte, nuestros autores nacionales, aun aquéllos que son valores positivos, adolecen de un temor a lo desconocido, a la aventura apasionada del espíritu, al gesto propio y original, en una palabra, al desnudo espiritual, que les resta mucho del interés que podrían despertarnos y que ha de refugiarse en la forma externa o en otros géneros literarios, como el histórico, que por su índole misma, no compromete el sigilo interno del escritor.

Si el intelectual, como lo dijimos, ha de moverse libremente; si su espíritu internacional y asocial ha de triunfar sobre la condición alta o baja de su nacimiento, debería esforzarse por salir de esa reserva mental y de ese pudor propio del pueblo, que en él tiene su encanto, pero que en el escritor trae funestas consecuencias. Hay una manera de ser sincero y veraz sin llegar a la egolatría o al exhibicionismo. En la búsqueda armoniosa de esa manera, estriba el interés mayor de una obra, de un hombre.

Dejando de lado las razones psico-sociales, nos topamos luego con otras dificultades que caminan parejas con las anteriores: las económicas. El escritor americano, ha dicho Luis Alberto Sánchez en su *Vida y pasión de la cultura en América*, es casi siempre un empleado, con lo que no queremos reprochárselo sino hacer ver las consecuencias que de ello derivan. Hay un proverbio bíblico que dice: «Allí donde está tu tesoro, allí está tu corazón». Es preciso convencerse de que un hombre que vive y se alimenta de otro ambiente no puede considerar su vocación intelectual con la seriedad debida. Su condición de hombre urgido por necesidades económicas lo obliga a envolverse en una atmósfera de amargura y crítica que—como lo vimos—él suele explotar hasta la majadería. Los problemas íntimos del escritor—lo hemos dicho—son interesantes y esen-

ciales para constituir una personalidad atormentada, verdaderamente espiritual; pero las aflicciones económicas y las pequeñas tragedias domésticas no crean personalidades, sino más bien las destruyen con sus continuas jeremiadas, demasiado comunes a toda la humanidad de hoy para tener otro interés que el político o sociológico. De allí, tal vez, esta inclinación por mezclar lo social a lo literario que, dicho sea de paso, es una tendencia mundial; sólo que en otras partes son más espirituales las razones que guían a los escritores para sentar plaza en uno u otro frente. Casi todos ellos son hombres de fortuna que tienen mucho que perder y poco que ganar. En el caso nuestro no se observa otro tanto; nacen espontáneamente. Su producción literaria anterior no acusa, las más de las veces, una huella que delate estas preocupaciones sociales en su carácter de estado del espíritu, de evolución paulatina que justifique su posición actual.

Dejando ahora la «sociedad» en el sentido local y limitado que le hemos atribuído en esta acepción, ampliemos nuestra mirada hasta abarcar algo mucho más vasto; algo que es «la sociedad», la clase media, el pueblo y que también suele incluir a los mismos escritores: me refiero al público.

¿Qué es el público? ¿Quiénes constituyen el público de un escritor? Desde luego, no todos los que leen, sino aquéllos que por sus inclinaciones o su cultura forman una masa de pequeños críticos capaces de tener una idea propia sobre un autor (y al decir autor digo obra) y de irradiarla en otros ambientes menos permeables a su influencia. El público se identifica con la sociedad, con el grupo social, cuando su acción llega hasta transformar, inclinar o simplemente ilustrar la conciencia colectiva. Es en este momento que podemos considerarlo como un factor esencial al escritor, sin el cual no sabría subsistir, más aún, no tendría razón para existir. Vemos, pues, la importancia capital de este factor al cual nos unen intereses comunes y con el cual, sin embargo, tenemos tan poco con-

tacto, que, aun en el mejor de los casos, es decir, cuando él no nos ignora, nosotros seguimos ignorándolo debido a la falta de correspondencia entre el autor y el lector. Ya volveremos sobre este punto.

En Chile, debido a la poca curiosidad intelectual y al desprecio por todo lo propio, los escritores se ven reducidos, a veces, a ser meros histriones familiares, si bien esto no debe cegarnos sobre otras razones, a las cuales ya aludimos brevemente, y que suelen producir idénticos efectos. Son éstas *la ausencia de ideas generales, colectivas que permitan a la obra chilena ser un alimento útil para cualquier otro ambiente fuera de Chile. Cuántas veces, al leer algunas obras nacionales, y, para no faltar a la verdad, al leer alguna de mis propias páginas, me he preguntado: ¿Qué valor tendrá esto traducido al francés, al italiano o al inglés? Para responderme con mayor precisión he esbozado alguna de estas traducciones. Mi desaliento ha sido grande al ver que no tenían significación alguna en otras lenguas que, por ser producto de otros conceptos, nada tenían de común con los nuestros, probando así que no habíamos hecho obra universal, propiamente humana, sino escritos para cenáculos sin valor que jamás lograrían identificarse con las necesidades, las alegrías y los dolores de la gran familia humana. Si hay alguna razón para que el escritor intervenga en los movimientos sociales que agitan al mundo, esta es una, y de la mayor importancia: escribir humanamente, ojenos al espíritu de nación o grupo, de tal manera que hasta el folklore mismo sea descrito desde afuera, en calidad de espectador, no de actor.*

Dicen que Voltaire tenía la curiosa costumbre de leer sus obras a la cocinera y que no se daba por satisfecho si no veía en sus ojos la chispa del interés y de la emoción sin la cual difícilmente podemos decir que hemos hecho obra útil o simplemente comunicable. Es cierto que Voltaire se habría visto en aprietos para hacer otro tanto en Chile: las cocineras fran-

cesas no abundan... Como sea, la cocinera sigue marcando entre nosotros al standard medio de la comprensión del público. Yo no lo hubiera creído si no lo hubiera experimentado en carne propia. Hay entre nosotros una inmensa mayoría que no entiende nada de un libro si éste se aparta un poco del relato, de la pequeña intriga. Se me han hecho críticas que me han demostrado hasta defectos de lectura en el comentador. Y esto entre personas reputadas como cultas.

La clase media tiene, sin duda, una capacidad y un interés mucho mayor por la obra literaria que el pueblo o la aristocracia. Sin embargo, en todos hay degradación de la energía y ausencia de pensamiento colaborador. A lo más se refieren al estilo, a la oportunidad de una obra, a su autor, raras veces o nunca, a las ideas emitidas por él, o al aporte nuevo, mensaje esencial que debe traernos todo hombre que piensa y que escribe. Esto es una gran dificultad y un gran desaliento para el autor. Es cierto que no faltan quienes, a modo de consuelo, nos dan la eterna réplica: «para qué se ocupa del «qué dirán»; deje que la obra haga su propia carrera. Piense en su próximo libro; lo que usted ya produjo no le pertenece». Estas reflexiones encierran, sin duda, una profunda sabiduría, pero no nos ayudan a entender nuestro público ni a captar esa emoción indispensable para guiar nuestra propia obra.

En realidad el escritor nuestro actúa a ciegas. No tiene un contacto directo con su público. Desde el sigilo de su gabinete trabaja como un topo que abre un túnel sin ver jamás la luz. Recibe, es verdad, cierta luz artificial que le proporciona la crítica, pero, como luego veremos, la crítica nuestra es un embajador sin credenciales que no representa a la opinión ni al arte y que muchas veces está en pugna con uno y otro.

Cuenta un historiador francés que Napoleón, encerrado en su palacio y rodeado de sus mariscales que lo instaban a abdicar, habría cambiado la historia de Francia, no abdicando, si hubiera cruzado algunas salas que lo separaban del Patio de

Honor, donde estaba la Guardia Vieja y una inmensa muchedumbre que lo aclamaba con entusiasmo. Si el escritor chileno pudiera tener un mayor contacto con su público, la historia de su carrera literaria sería también muy diferente.

Pensando en esta dificultad y buscando manera de solucionarla, observé que en Chile el autor no recibe cartas de sus lectores. En Francia y otros países, hasta el autor menos importante se ve sumergido en una marea de correspondencia después de cada libro. Entre nosotros falta ese contacto indispensable. En realidad, cada uno de los nuestros ignora el camino recorrido por sus propias obras, actúa a ciegas, arrastrado por su amor propio, su vanidad, los impulsos de su vocación o el espíritu de contradicción a la crítica. Se me antoja que una pequeña circular en que el autor explicara al lector estas razones, sería de gran utilidad. Podría colocar una hoja impresa dentro de cada ejemplar donde le instaría a escribirle, a comunicarle sus impresiones o las de su ambiente. Aunque estas cartas fueran anónimas, más aun, aunque fueran malévolas (y nuestro tipo de fraternidad las haría abundar) serían útiles para auscultar el espíritu de nuestro público.

Ojalá esta idea práctica encuentre acogida. Estoy seguro de que ninguno de nosotros podrá arrepentirse de este esfuerzo tendiente a un mayor contacto entre el autor y su medio ambiente.

### Los escritores como público

Los demás escritores y también los críticos pueden y deben ser considerados como parte integrante del público. Es cierto que ellos no leen «en cuanto a hombre» como diría un teólogo. Es una actitud contraproducente. El escritor debería leer las obras de sus colegas como un buen burgués, divertirse con ellas y hasta sacar enseñanzas. Sin embargo, las ignora o finge ignorarlas. El crítico, por otra parte, que está llamado a

leerlas íntegramente, por deberes del oficio, es tal vez el que menos conoce las obras que se publican. Y se comprende que no me refiero a los títulos de estas obras sino a su substancia.

Es viejo y universal aquel refrán que dice: «no hay peor cuña que la del propio palo». Así, pues, no es de las rivalidades que existen entre gente de un mismo oficio a que me voy a referir, sino a la intransigencia de juicio y a lo que me he dado en llamar «la neurosis del yo»: «yo no lo habría hecho así». «Si usted hubiera obrado asá». Nunca la aceptación como una posibilidad de enseñanza. Egotría absoluta; espíritu pedagógico que no vislumbra otro aporte diferente al de la cátedra, sobre todo, que juzga al alumno y a su aporte como no existentes.

Tenemos entre nosotros un tipo de envidia extraordinario: la envidia que perjudica al que la tiene. Cuando el escritor actúa en calidad de público se transforma automáticamente en un crítico de la peor especie; el que no ve como crítico ni asimila como público. La palabra benévola, en los casos medios, o la actitud entusiasta, en los casos extraordinarios, le son desconocidas. Sus expresiones corrientes son siempre negativas: «Sí, esta obra no está mal». «Ese poema no es feo». Moriría antes que decir que es bello. Hay siempre una actitud condescendiente, perdona vidas. Se diría que juzgan al colega escritor como a una niña donosa que exhibe sus artes de adorno. No lo «sitúan» en su papel social e intelectual. Nunca es considerado como un «pionner» de la inteligencia del cual debemos recibir mucho y darle mucho también, para así recibir más. No, él es el «muchacho de talento» (y al decir esta frase parecen deplorarlo). El es el excéntrico, el niño que hace su gracia. De allí ausencia de ambiente, de colaboración, de vida intelectual. Y digo vida, porque una sociedad de escritores, una academia o lo que sea, no cobran realidad práctica por el hecho de reunirse de tarde en tarde o de celebrar congresos, sino desde el momento en que cada escritor toma conciencia

de su oficio y de la profunda seriedad que encierra el oficio y la misión de los demás. En Chile, la neurosis del «yo»; la fobia del común denominador que hace ver como un crimen todo intento de singularidad están haciendo peligrar la división del trabajo que ha de tener toda sociedad que pretende llamarse civilizada. Ya es tiempo que nosotros los escritores demos un ejemplo en este sentido. Mal podremos pretender a una posición y consideración colectivas, si nosotros mismos somos los primeros en no tomarnos en serio. Este Congreso, primer esfuerzo en este sentido, debe marcar una fecha y un cambio en la actitud perjudicial y poco generosa que hasta ahora hemos observado unos con otros.

### La crítica

Incluir a la crítica dentro del público parecería un desacuerdo en cualquier parte. Aquí yo lo he hecho de intento, porque la crítica nuestra tiene todos los defectos del grueso público sin ninguna de sus cualidades. El público, como nuestros críticos, presenta al autor una dificultad grande: juzga según sus preferencias personales. Quien ama la novela, encuentra deficientes los ensayos. Quien cultiva la poesía encuentra áridos y desprovistos de belleza todos aquellos géneros ajenos, no diré a la poesía—que toda obra debe contenerla—sino a las formas poéticas en uso. Es humano y lógico en el público. Es imperdonable en el crítico. Es cierto que el intelectual adolece—y es justo que así sea—de las limitaciones que tiene todo hombre. A él puede agradarle más una cosa que otra, un estilo, un tema, un género, pero sería absurdo que juzgara de la excelencia de una obra con el criterio utilitario del agrado que le proporcionó su lectura. Puede decir, «tal libro me gusta». El, al cabo es un hombre de carne y hueso. Pero no es propio oírle decir «tal libro es malo porque no me gusta». Personalmente, hay un buen número de obras geniales que me son

intolerables, pero que reconozco como obras maestras. No están dentro de mi temperamento, pero las considero excelentes y logradas dentro del temperamento de otros. Sería casi ridículo insistir sobre un hecho tan fundamental si no supiéramos que el calvario mayor del artista nuestro, está precisamente en estas sorpresas que le dan las gentes cultas de este país. No todas, por cierto. Hablan a veces con perfecto conocimiento de una cuestión compleja y elevada. Uno les sigue, convencido de su competencia. De pronto la cosa se embrolla, y nos preguntamos si nos han entendido mal o si no hemos sabido explicarnos. Nada de eso, simplemente les faltaban ciertos principios básicos, elementales, propios no ya del hombre instruído, sino de la enseñanza primaria... ¿No dijimos más atrás que existían personas cultas que no sabían leer bien? Los poetas que han oído leer algunos de sus propios versos, seguramente tienen ya numerosas experiencias en este sentido. La verdad es que los hombres instruídos, que han hecho sus estudios humanísticos y universitarios, están encastillados en una profesión cualquiera, especializada, que los aleja de las actividades propiamente literarias, debido a la naturaleza misma de la profesión. En cambio el muchacho flojo, improvisado en la cultura por sus lecturas asiduas, pero desprovisto de todo el andamiaje sabio del espíritu sin el cual no se puede hacer obra perdurable, es precisamente el que después escribe, critica y yerra, naturalmente.

La verdad es que en Chile no tenemos crítica. Hay sí, buenos amigos a quienes nos dirigimos al publicar un libro «para que digan algo». Hay también solterones del espíritu que han puesto en la crítica sus mayores deleites y sus venganzas más refinadas. Han hecho de ella la válvula de escape de sus complejos freudianos...

Hay, por fin, los periódicos que de mala gana, más por espíritu de imitación a la prensa extranjera que por convencimiento cultural, consienten en gastar un poco más papel ciertos días

de la semana para darnos algunos aspectos literarios y una ligera chismografía dominical sobre las últimas producciones. Hombres de buena voluntad, sin estudios ni siquiera humanísticos las más de las veces, *hablan* sobre tal o cual obra, con cierto gusto artístico, pero con un desconocimiento absoluto de los deberes y condiciones que debe poseer el crítico. Sin método, sin nociones de estética, filosofía o ciencia, pero armados de un fuerte bagaje gramatical, se esfuerzan en una horrible cacería de puntos y comas que no aprovecha al público ni al autor. Agreguemos a lo dicho, de que no tenemos especialistas. El que juzga de versos es el mismo que valoriza la novela o analiza el ensayo. Y todo esto bajo un recargo de trabajo que no les permite la lectura completa de las obras que comentan, ni la meditación tan necesaria para juzgarlas.

En cuanto a la técnica del crítico, no quiero repetir las ideas ya expuestas por el que habla, en el epílogo de «Zoé» y en «El autor o la obra», publicado en el número 3 de la Revista «Sech». Esta técnica o cualquier otra, es totalmente ignorada por nuestros críticos, quienes juzgan al azar, en un desconcierto asombroso que extravía al público, provoca hilaridad en el hombre culto y una profunda cólera en el hombre del oficio que ve desvirtuados sus esfuerzos de semanas y meses por un chiste superficial o un juicio gratuito.

Esta ausencia de una crítica adecuada nos ha gratificado con un tremendo desinterés por la cosa literaria. Nos falta el padrón, el punto de referencia, el animador de la opinión y afinador de nuestras directivas. Una revista que se ocupara exclusivamente de crítica se va haciendo sentir como una necesidad impostergable. Una revista de hombres que hicieran de la crítica su género literario, su amor, su oficio. Hombres que no aspiraran a figurar en otro aspecto literario que el crítico: escritores libres, sin compromisos con una prensa exclusivamente comercial o con editoras que prostituyen la crítica al nivel de un simple aviso de reclame para tal o cual libro recién publicado.

## El escritor y el Estado

Hemos bosquejado rápidamente algunos aspectos relacionados con EL ESCRITOR Y LA FAMILIA, EL ESCRITOR Y LA SOCIEDAD. Para terminar, podríamos decir algo más, relativo al ESCRITOR Y EL ESTADO.

Sé que este título hará pensar a muchos en los engorrosos problemas actuales referentes a la posición del escritor frente a las necesidades sociales que agitan al mundo. Sin duda, son estos problemas de un interés palpitante y sabemos que figuran con preferencia en el programa de este Congreso. He de excusarme y confesar que no son de mi competencia. Yo aquí me he limitado a exponer las *dificultades del escritor*, sus dificultades apremiantes. Es útil discutir con el Estado sobre la libertad, oportunidad o legitimidad de tal o cual idea que puede profesar un escritor, pero me parece más urgente saber cómo hará el escritor para advertir al Estado de que existe, de que tiene una misión, de que le es preciso crecer: *primum vivere*.

Ignoro cuales son las causas que han hecho del escritor «la oveja negra» de la familia chilena. Otras formas de arte, relativamente secundarias e inferiores frente a la dignidad del pensamiento escrito, han recibido del Estado toda suerte de ayudas, honores y solicitudes. Sólo el escritor permanece humillado en su papel de cenicienta.

Mientras los autores teatrales gozan de franquicias extraordinarias; mientras pintores y escultores instalados en edificios «ad hoc», tienen academias, museos y becas en Europa; mientras a músicos, compositores y ejecutantes se les proporcionan instrumentos, locales y estudios pagados; mientras los arquitectos reciben misiones especiales y se les ocupa en la construcción de pabellones en las exposiciones extranjeras, el escritor es ignorado, despreciado, entregado sin defensa en manos de editores inescrupulosos o explotado en unas pseudo-exposiciones del libro, mero pretexto para formar bibliotecas a costa suya.

Y poca cosa serían los males que venimos enumerando si fueran producto de una simple incomprensión o fruto de la indiferencia. Pero no, el Estado con una ceguera imperdonable deja el campo libre a la influencia extranjera que, día a día, va ganando terreno en ese rápido proceso de desnacionalización que amenaza a nuestra raza.

A pesar de que nadie podrá decir de que el chauvinismo sea mi virtud predilecta, no olvidaré nunca la impresión dolorosa que experimenté al llegar a Chile después de una larga ausencia en el extranjero. Entré a un cine y allí pude ver a todo un pueblo absorto, sometido, obligado a oír películas en lenguas extranjeras que les insinuaban lentamente el espíritu, los modismos y la psicología de otros pueblos en una propaganda lenta y solapada. Un profesor de inglés que estaba conmigo me confesó que la mayoría de sus discípulos venían donde él para perfeccionarse en una lengua «que les permitiría comprender mejor las películas». Yo venía llegando de Francia e Italia, donde jamás oí una producción en otra lengua que la hablada en esos países. Y no desmerecían las películas por esto, ya que habían logrado una técnica perfecta en este sentido ante la intransigencia de la ley que no toleraba una sola película en inglés. Era cuestión no tanto de nacionalismo, como de decoro, de decencia. Al llegar a mi país, vi con pena que estas dos palabras parecía ignorarlas el Estado, que permitía esa situación sumisa, buena para una colonia o un protectorado.

Que un teatro de elección se especialice en películas habladas en lenguas extranjeras, es no sólo tolerable sino necesario, pero que un país entero se someta a esta dictadura del idioma, con sus consiguientes *papis*, *mamis* y *ckey* es ridículo y lastimoso.

Me he extendido en estas consideraciones sobre el cine, porque es la misma situación que afecta a nuestra literatura frente a las facilidades de que gozan las obras extranjeras que se editan en Chile. Libros famosos de autores extranjeros son edita-

dos profusamente en nuestro país y vendidos fácilmente por toda América. Los libreros extranjeros pagan al contado estas ediciones y se niegan a aceptar el libro chileno como no sea a título de consignación. Sabemos que la falta de «réclame» del Estado — que por otra parte gasta millones en propaganda por medio de sus consulados y embajadas — hacen difícil la venta del libro chileno en América, tanto más cuanto que el control de cambio viene a complicar la devolución de los ejemplares no vendidos, que, prácticamente, no vuelven más. Se comprende que, en tales condiciones los editores prefieren hacer ediciones reducidas que no han de salir del país y que tarde o temprano han de llevar a nuestra literatura a un papel regional, deslucido, estancado y, sobre todo, profundamente improductivo para el escritor que, lógicamente, debería vivir de su pluma.

Repito, pues, para terminar: antes que metafísicas sociales, antes que libertad para defender tal o cual forma de Gobierno, el escritor chileno NECESITA NO PERECER en medio de una familia incomprensiva, de una sociedad hostil y de un Estado que no ha sabido comprender que el alma de un pueblo no está en los políticos de un día, ni en los financistas de ocasión, sino en ese pensamiento eterno que fluye por la historia a través de los intelectuales de todos los tiempos y que constituye el único aporte real e imperecedero de la humanidad en su marcha hacia un devenir más preñado de realidades, de belleza y de sentido humano.